

SI ES POSIBLE
EL POEMA
ES POSIBLE
LA VIDA

LAS 2001 NOCHES

REVISTA DE POESÍA, AFORISMOS, FRESCORES

N.º 118 NOVIEMBRE 2010 125.001 Ejemplares de DIFUSIÓN GRATUITA



Carnavales en la Cibeles de Miguel Oscar Menassa. Óleo sobre lienzo, 1114x146 cm.

LEA ESTA REVISTA EN INTERNET

www.las2001noches.com

Desde el N° 1 (Enero 1997) al N° 118 (Noviembre 2010)

125.001 ejemplares: NADIE, NUNCA, ME ALCANZARÁ, SOY LA POESÍA

GERMÁN PARDO GARCÍA

Colombia, 1902

FIN DE LOS TRABAJOS DE HERAKLES

A Vicente Aleixandre

Mantua me genuit. Calabri rapuere. Tenet nunc Parthenope; cecina pascua, rura, duces. Epitafio de Virgilio.

Soy Heracles, semidiós y pugilista griego.
Poeta fui también de Colombia, mi patria.
Le ayudé a Prometeo a arrebatar a los dioses la llama celeste.
Después le vi encadenado en las llanuras de Escitia.
Armé el brazo de Pausanias en Platea,
y a lomo de pentélico centauro galopé en la penumbra de los siglos,
hasta llegar al de la universal batalla.
Vi decapitar en Londres a Tomás Moro
y padecí bajo el poder de la injusticia.
Le disputé a Jack Jonson el cetro de la fuerza sobre algún ring en Indianápolis.
Contemplé el derrumbe del ejército alemán en las congeladas estepas.
Me enfrenté a las iras dinámicas
y a la desintegración de los átomos.

Les canté a las húmedas mieses y a los toros de Colombia, en recuerdo de Virgilio.
Tengo 2.500 años. Estoy inerme y solo
y he llegado al fin de mis trabajos corpulentos.

No me intimida la muerte porque mi razón es más honda que el pensamiento de los dioses.
Pero ¿quién sabe algo de mí, de mi fulgurante entusiasmo, de mi destino heroico,
de mi solidaridad humana, humilde y tierna?

Mis himnos a los obreros y a las cosas,
¿quién escucha?

Sé que no puedo combatir con mi clava de roble contra una compulsión acorazada.
He perdido la orientación divina.
Soy un náufrago del Tiempo, un héroe occiduo.
Mas aún tengo el orgullo de mi estirpe.
Y en el instante de la agonía,
al separarme del mundo,
memoro lo que de mí cantara Eóphokles,
y con la voz grande y clara de los poetas y los púgiles,
yo, que todavía soy la hermosa y la soberbia,
con mis últimos poderes así clamo,
y restalla mi voz contra los Andes:
¡preparad para mi cuerpo la pira fúnebre sobre los Montes Eta!

¡Y que los colibantes de Cibele
no me tornen insensible
con la liturgia de sus flautas,
al penetrar mi ser en el Misterio!

Recital Poético Musical Homenaje a

GERMÁN PARDO GARCÍA

por los poetas de los talleres de la
Escuela de Poesía Grupo Cero



Sábado 20 de Noviembre a las 20.00 h.

Café Figueroa
C. Augusto Figueroa, 17 - Madrid



D2369 (MOM)

DESTRUCCION BAJO EL MAR

Suelo descender a profundidades oceánicas que en partes todavía sin explorar de mi espíritu existen.
Allí mi atormentado mundo no acaba de formarse o se desintegró hace mucho y sus ruinas en mi alma se mueven.

Son esas partes mudas, desconocidas, de anfibios horizontes que no se han visto nunca y sin embargo se recuerdan.
Seguido por moluscos y esponjas ambulantes, quelonios y estrellas de mar, hacia abajo navego.
Glaucos ojos esféricos de asteroide o de atún me contemplan invadir como huésped intruso.
Más abajo mi alma choca contra arrecifes de oro que tienen perlas incrustadas y corales crecientes.

Mi deseo vital les extiende las manos y ese núcleo de estrellas encantadas y de oro se rompe.
Arriba en la superficie círculo fugaz de espumas delata que algo que no fue mío pereció para siempre.
Más abajo encuentro escombros de volúmenes como cúpulas de una ciudad castigada por el mar. Tal vez la pretérita ciudad mía,
aquella de las casas purísimas y los altares elevados al universo; la desaparecida ciudad mía que hoy suplica desde lo más patético de su estrago sin lágrimas,
aprisionada por fúnebre peso de sal y de exterminio.
Desciendo más y más y descubro en declives de colores lacustres, más augurio de estrago.
Allí se disolvió un arco iris que ahora tiñe de sangre,
y de azul
y de verde
y de lila,
la concentrada palpitación de aquel submar.
Grupos de figuras vencidas me recuerdan tantos seres amados. Allí están con las sienes inundadas, las manos densamente inundadas,
mientras vegetaciones marítimas absorben la claridad que les subía por las venas hasta el árbol del sueño.
Y bajo más y más hasta los paraísos amorfos y frustados de mi ser, y hasta las catacumbas en donde el grito del sepulcro no logra evasión.
Y desciendo y desciendo vertical y vertiginoso hasta lo más profundo mío, allá donde mi esencia principia a confundirse con el origen de las cosas increadas o inconclusas.
Declino hasta lo más eterno y profundo mío, allá donde mi cuerpo ya no me pertenece ni mi alma; al fondo del gran mar disolvente y licuante
en donde me sumerjo desde hace siglos, desde ayer, desde hoy mismo,
para volver desde hace siglos cada instante a la tierra, al centro de las formas que me ven regresar de la nada, deshecha en mil jirones mi escafandra de viento
y con la frente empapada por sudor que todo lo corroe, semejante al agua con yodo del mar, o a esa otra furia de ese otro mar que nombro y que golpea como el corazón de un hombre
contra los acantilados del Tiempo.

TESTIMONIOS

Nos oponemos a los grandes bosques que extienden sus tentáculos silvícolas y chupan sangre del jardín obrero.

Somos de una familia de luciérnagas que encienden sus fugaces farolillos al pie de las manzanas y duraznos.

Daremos testimonio contra el tigre destazador de las joviales cabras, y contra las serpientes invasoras que lanzan de los ríos y lagunas a las pequeñas ranas campesinas.

Comprendemos la pena de los nidos, donde en cada polluelo ya se escucha la escala musical adolescente.

Y el pan que en nuestra casa no tocamos y limpio y sin ultraje permanece, es para esa ternura proletaria del indio que les da a sus alimentos, mientras suenan las flautas de carrizo, la morena sazón del abandono.

El día en que las últimas alondras alcen un tribunal contra las fieras, acudiremos con la ley agreste, con los rurales códigos escritos por el gorrión en hojas de centeno, contra el sol y la lluvia, contra el frío, la desnudez el hambre y el despojo, porque hemos visto a las pesadas águilas devorar su salario al colibrí.



D1875 (MOM)

NOCTURNO MENOR

He olvidado. Es verdad. He olvidado con extraño olvido.
Hay hombres que olvidan como lo hacen todos los seres, y apenas si vuelven los rostros para ver lo que amaron o aman.
En ellos está escrita la palabra *nunca*,
o *siempre*,
y ¡adiós! les gritan desde acantilados tempestuosos.
Atrás sufren habitaciones con esfínges que luego se borran.
En las paredes ocultos rastros y en las páginas de los libros flores que viven existencia de disecada sangre,
con olor a disueltos jardines y a cutáneos aromas.
Yo nada tengo que olvidar. En mi casa no hay ausentes que habiten el cuerpo de las horas.
No hay señales de seres amados y las páginas de mis libros antiguos carecen de fechas como algunos sepulcros.
Detrás de mí no quedan bosques más hermosos cuando el otoño con las últimas lluvias del verano los lava.
Cuando yo muera no habrá recuerdos míos custodiándome ni devolverán las aguas tanta cosa mía hundida.
Aun así olvidado. Lo siento mientras escribo este nocturno como un ciego que pinta con carbón su nombre en las murallas.
Olvido. Es verdad. Olvido extrañamente y cuando salgo en busca de cuerpos y de formas para recordarlos, revivirlos y amarlos,
camino entre la sombra y las piedras se vuelven como algodón negro que se hunde debajo de mis plantas.

ÚLTIMO SOL SOBRE LAS CUMBRES

Te comparo con el último sol sobre las cumbres.
Si desaparecieras no sería para mí suficiente
que en la tolerancia de la sombra
principiaran a manifestarse llamas que sólo desear puedo.

Tú existes al alcance de este confuso cuerpo mío,
seguro ya de su desasosiego y de su carne
por las estrellas multiplicada.
Circulas próxima a los sitios donde ciego te escucho
brillar, porque es tu luz de ruidos alucinantes
lo que oigo desde mi ofuscación interna
parecida a los cautiverios de la noche.

Cuando en la precipitada trayectoria de mis cauces
descubro complementos míos como tú, constituida
de cosas vinculadas terciamente al espacio y la tierra,
aíslo para recordarlo
figuras sostenedoras de pesos y cantidades;
palabras conectadas con el peso del mundo;
iras que luchan entre sí como vertientes
generadoras de la más legítima naturaleza.
Por eso a ti, incrustada en las escarpaduras de mi cuerpo solo,
mujer casi luz sólida, te identifico llamándote,
por la sensación física de remota hoguera que me causas
y por el deslumbramiento en que me envuelves,
último sol sobre las cumbres.

Yo, americano, tengo que interpretarte tumultuosamente.
Blanco soy pero mi espíritu se tiñe
de sepia silencioso
y de trágicas deidades estoy lleno.
Nací como los ríos
sin más noción que la de su fuerza amazónica.
Crecí con la libertad de los caballos en sus travesías.
Aprendí a mirar siempre a la distancia como los buitres.
La noche me presiona con su oscura lámina de cantera
marcada por jeroglíficos enormes.
He padecido hasta dar mi sangre al sacrificio.
En mi agitación hay algo sobrehumano
y algo deforme en mi reposo.
Por eso a ti cobriza como la tez de vencidos pueblos;
con tu expresión de idolo contemplándome en sorda calma
y exhalando de ti lento rescoldo
acelerado por combustiones amarillas,
te llamo como a uno de los fenómenos de la tierra,
último sol sobre las cumbres.

Al verte por primera vez, en el antecolor de tu cara
noté un dolor antiguo afianzándose a los poros,
como la oxidación del sulfato
a las moléculas del cobre.
Tu cara de lejano horizonte indígena
con dos verdes y elípticas lagunas.
Lo inexorable de los rostros americanos
latente en las cerámicas de olvido;
la sacratísima unción del misterio
que no se toca nunca ni se dice;
la resistencia al llanto que no fluyó jamás y está en los bosques
convertidos en hierática escultura.
Por la noche los ojos estatuarios
vierten irremisibles lágrimas de arena.
Y la lectura de los astros en páginas de jade,
al pie de los adoratorios y las tumbas;
y la quietud como una flor hipnótica
que todavía crece en las manos andantes
del hombre de América.

Todo estaba escrito en tu cara de sacramentales ángulos,
que un día yo llamé "valle de la amargura",
por su dolor central apenas manifestado
detrás de un tierno abrigo de salvias aborígenes.
Allí también la clave púrpura de los himnos de guerra;
los nupciales pregones
y la aflicción de las músicas monótonas.
El culto a la independencia de las águilas,
al cuerpo del mar
y la gratitud a las gramíneas.
La adoración del tigre;
la invocación al viento;
las danzas a la lluvia;
los triunfos al verano
y la idolatría al sol sexual actuante
sobre el moreno panteísmo de las gentes
constructoras de símbolos de oro.
Esa pasión solar en ti despierta
el día en que mirando hacia la tarde me dijiste:

¡Yo soy como los fuegos trágicos que amas!
¡Como el último sol sobre las cumbres!

Si lo que me pertenece con la posesión del instinto,
se disgrega y mis actos abandona,
suelo orientarme en la soledad por el olfato,
como los seres primitivos
en busca de su procreación o de sus presas.
En los selváticos almizcles presiento
como el antílope el peligro.
Conozco la madurez del heno a la distancia
y el bálsamo carnal de los dátiles.
Aspiro en la noche el clima cósmico
y me invade algo de la eternidad.

Así llegué a tu ser cual un gran siervo solitario
a los contornos de su hembra:
atraído por las emanaciones de la especie
que fluyen sin cesar unidas
al concentrado olor de las cortezas y las pieles
protectoras de frutas y de faunas.
Quise evolucionar para que mi espíritu fuera
solamente atmósfera tuya; deshabitarme
de otras figuras aéreas que he amado: astros continuos
o migratorios, corazones cometarios
que palpitan con sistoles y diástoles inmensas;
repentinos enlaces de la luz en las sienas del mundo;
apariciones de la nieve rotatoria en el espacio
como el algodón sobre la tierra.
Todo ese mundo mío de estructuras distantes
donde mi espíritu cumple revoluciones matemáticas
en torno del Sol.

Quise acrecentar la estatura de mi carne
hasta dejarla sin apariencia de hombre, en actitud de roca
erguida contra lo que amenace destrucción.
Una de esas montañas oscuras
que únicamente aclaran al crepúsculo,
y retenerte allí por un momento, ¡oh, sed de mis tinieblas!,
consumando nuestra unión en las alturas más solas,
en ese instante de contricción y aniquilamientos dinásticos
en que desaparece el último sol sobre las cumbres.

Quise entregarte mis vacíos
por donde a veces cruzan islas como veloces barcas
que a bordo llevan tripulación de nubes,
rojas espumas de calientes mostos
y ecuatorial repercutir de cánticos.
Yo soy el capitán de esas naves corsarias,
atormentadamente fugitivas.
¡Qué puede mi entusiasmo y qué mi espíritu
contra este mar de horror en que navego!
En las orillas crecen grupos de cocoteros y de plátanos
que dan al aire su explosión de vida.
Pero yo soy el capitán sombrío
que estandartes de cólera acaudilla.
Perdí mi amor más alto al desterrarte
lejos de mí a nocturnos archipiélagos,
y allá voy entre gritos de soberbia,
como barco sin brújula a estrellarme
contra los arrecifes de la muerte.

Tú pudieras alzarme a tu espejismo
donde abundan esteros y coronas.
Restituirme al centro de mis imaginaciones puras
y disminuir este clamor que me hace trepidar
como al zócalo de una metrópoli martirizada,
donde murieron vírgenes y atletas campeones.

A pesar de ti otro hermético mundo me llama.
A él subo a contemplar como un conquistador olvidado,
banderas derrotadas y llanuras ya sin ejércitos,
desde un monte casi humano que recibe
y transforma en insignia de su angustia,
la soledad del último sol sobre las cumbres.

A pesar de ti otro hermético mundo me nombra.
Yo lo escucho movilizarse en torno
de mi silencio andino,
con mi sagacidad de bestia acostumbrada
a oír la evolución de hundidas formas
y el ruido de las larvas apoderándose de los muertos.
Ese ha sido mi estrago: separarme
de lo más puro y explorar abismos,
para volver del fondo de mi infierno
con aridez de corrosivas marcas.
Acércate a mis líquidos derumbes
y probarás la sal de las marismas.
Oyeme hablar y sentirás el vértigo
de las constelaciones que interrogo.

Mírame al centro de los ojos verdes
y encontrarás el odio del pantano.
No soy del orbe tuyo en que sazonan
continentes de trigos y naranjas.
Soy de la oscuridad, de lo más hondo
del frenético piso americano,
y si aclara en mi espíritu es con todos
los desórdenes y los desequilibrios
de un cielo huracanado cuando baja
el último sol sobre las cumbres.

Hay en mi alma trágico designio
que me enfrenta a las sombras y a las ruinas.
Mi resistencia fúnebre es más grande
si una noche de lágrimas me asiste
y un suelo cataclísmico me apoya.

De allí salgo a proclamar mi creencia en un Dios gigante
y bárbaro,
creador de la Fuerza y de hombres
que resisten el desplazamiento de una estrella
y el volumen de la mayor angustia combatiéndolos.
Hombres que pueden contemplarle de pie en las cordilleras
y entre relámpagos oírle.
Almas para la vida de las cúspides
y el trance agobiador de la hermosura.
Ese es mi Dios. Y cuando padezco y cuando amo;
cuando siento la oscuridad o la negación de la esperanza,
quisiera estremecerle con titánico alarido;
de soledad como la mía circundarle
y con nubes enormes invadirle.
Que no me oyera nunca suplicatorio,
sino móvil y enérgico y fecundo.
Atormentado sí porque deseo
mi victoria final contra el espacio,
y desaparecer como una imagen suya y semejanza;
sólo tal vez, humanamente solo,
como el último sol sobre las cumbres.

Aquí estoy con mi seguridad de caverna
alojando tu voz que te adelanta
como el rumor al salto de las olas.
Se van días y días y otros días y días,
y nada se ve de ti ni se oye ni se entiende.
Observo desde azules promontorios
por si algún signo amado te descubre.
Y es verdad. Allá vuelves de la ausencia
encendiendo los arcos ponentinos.
Tu ardor como la antorcha de luceros
que viven del hidrógeno y del calcio,
no palidece nunca ni se gasta.
Yo me incendio también para esperarte
y de fulgor galáctico me visto.
El instantáneo cruce de nuestras órbitas principia
y el alterno dolor de nuestros diálogos,
porque los dos no somos sino el grito
de las separaciones infinitas.

Te llamé desde un valle corporal y tranquilo, me dices.
Y respondo: en la noche cruzaban dinamismos eternos.
Era que yo te hablaba de una estirpe de vida, respondes.
Otro mundo de llamas existía, te digo de nuevo.
Pude ser el contacto más vital de tu sangre, me dices.
Y te digo otra vez: me agitaban dinamismos eternos.
Era yo que te hablaba del calor de la tierra, respondes.
Y te digo: cruzaban satélites y esplendores y sueños.
Era yo que pasaba convocándote al mundo, me dices.
Otro mundo de llamas existía, respondo de nuevo.
Con raíces de sangre yo te busco en la tierra, suplicas.
Con la sed del espíritu yo te aguardo en el tiempo.

ESCUELA DE POESÍA GRUPO CERO

Dirige y Coordina: MIGUEL OSCAR MENASSA

TALLERES

<u>Madrid</u>	<u>Alcalá de Henares</u>
-Carmen Salamanca: 609 515 338	-Carlos Fernández: 676 242 844
-Alejandra Menassa: 653 903 233	
	<u>Málaga</u>
-María Chévez: 91 758 19 40	-Amelia Díez: 607 762 104
-Amelia Díez: 607 762 104	

c/Duque de Osuna, 4 - 28015 Madrid
Tel.: 91 758 19 40

poesia@grupocero.org
www.poesiagrupo.com

www.miguelsenassa.com

DYLAN THOMAS

Gran Bretaña, 1914

VEO A LOS MUCHACHOS DEL VERANO

I

Veo a los muchachos del verano en su ruina
convertir en eriales los dorados rastrojos,
desdeñar las cosechas y congelar los suelos;
y allí, en su ardor, el invernal diluvio
de amores escarchados, persiguen a las niñas,
y echan en sus mareas los sacos de manzanas.

Los muchachos de luz en su locura, coagulan lo que tocan,
agrian la miel hirviente;
hurguean los muñecos de escarcha en las colmenas;
allí en el sol, frías hebras
de oscuridad y duda, ellos nutren sus nervios
y el signo de la luna, nada es en sus vacíos.

Veo a los muchachos del verano en el vientre materno
rasgar hacia la luz la atmósfera del útero,
dividir noche y día con pulgares de duende;
allí, desde lo hondo, con sombras seccionadas
de sol y luna ellos pintan sus dársenas
mientras les pinta el sol los cascos de la frente.

Sé que de esos muchachos han de surgir hombres de nada
hechos por la transformación de las semillas,
o han de lisiar el aire saltando de sus llamas,
desde sus corazones, cuando el pulso candente
del amor y la luz estalle en sus gargantas.
Oh, ved el pulso del verano en el hielo.

II

Pero las estaciones deben ser desafiadas o se tambalearán
en algún cuarto de hora repicante
donde, como una puntual muerte hacemos tintinear las
estrellas;
esa noche en que el invierno soñoliento
les tira de la negra lengua a las campanas
y no se atreven a chistar siquiera
los vientos de la luna y de la medianoche.

Somos los oscuros negadores, exorcizamos a la muerte
en la mujer colmada de verano,
arrojemos la vida musculosa de los amantes que se crispan,
y de los muertos limpios que hace fluir el mar
echemos al gusano de ojos brillantes en la linterna de Davy,
y del vientre preñado quitemos el muñeco de paja.

Nosotros, muchachos del verano en esta red de cuatro vientos,
verdes por el hierro de las algas,
levantemos al bullicioso mar y arrojemos sus pájaros,
alcemos la bola del mundo llena de olas y espuma
para ahogar los desiertos con sus mareas
y trenzar los jardines del condado.

En primavera ornamentamos nuestra frente.
Vivan las bayas y la sangre,
y crucificamos a los alegres señores en los árboles;
Aquí el húmero músculo del amor se aja y muere,
aquí estalla un beso en una cantera sin amor,
Oh ved en los muchachos los polos de la promesa.

III

Yo os veo, muchachos del verano, en vuestra ruina.
El hombre en el desierto de su larva.
Y los muchachos son plenos y ajenos en la bolsa.
Soy el hombre que vuestro padre fue.
Somos hijos del pedernal y de la brea.
Oh, ved cómo se besan los polos que se cruzan.



D1871 (MOM)

LA FUERZA QUE POR EL VERDE TALLO IMPULSA A LA FLOR

La fuerza que por el verde tallo impulsa a la flor
impulsa mis verdes años; la que marchita la raíz del árbol
es la que me destruye.
Y yo estoy mudo para decirle a la encorvada rosa
que la misma fiebre invernal dobla mi juventud.

La fuerza que impulsa el agua entre las rocas
impulsa mi roja sangre; la que seca los arroyos parlantes
vuelve cera los míos.
Y yo estoy mudo para contarle a mis venas
cómo la misma boca bebe del manantial de la montaña.

La mano que arremolina el agua del estanque
remueve las arenas; la que amarra las ráfagas del viento
iza mi vela de sudario.
Y yo estoy mudo para decirle al ahorcado
que el barro del verdugo está hecho de mi arcilla.

Los labios del tiempo sorben del manantial;
el amor gotea y se acumula, mas la sangre vertida
calmará sus pesares.
Y yo estoy mudo para decirle al viento en la intemperie
cómo ha trazado el tiempo un cielo entre los astros.

Y yo estoy mudo para decirle a la tumba de la amada
que en mi sábana avanza encorvado el mismo gusano.

NO ENTRES DÓCILMENTE EN ESA NOCHE QUIETA

No entres dócilmente en esa noche quieta.
La vejez debería delirar y arder cuando se cierra el día;
Rabia, rabia, contra la agonía de la luz.

Aunque los sabios al morir entiendan que la tiniebla es justa,
porque sus palabras no ensartaron relámpagos
no entran dócilmente en esa noche quieta.

Los buenos, que tras la última inquietud lloran por ese brillo
con que sus actos frágiles pudieron danzar en una bahía verde
rabian, rabian contra la agonía de la luz.

Los locos que atraparon y cantaron al sol en su carrera
y aprenden, ya muy tarde, que llenaron de pena su camino
no entran dócilmente en esa noche quieta.

Los solemnes, cercanos a la muerte, que ven con mirada
deslumbrante
cuánto los ojos ciegos pudieron alegrarse y arder como
meteoros
rabian, rabian contra la agonía de la luz.

Y tú mi padre, allí, en tu triste apogeo
maldice, bendice, que yo ahora imploro con la vehemencia
de tus lágrimas.

No entres dócilmente en esa noche quieta.
Rabia, rabia contra la agonía de la luz.

JUVENTUD GRUPO CERO
Asóciate desde 10 euros al mes
91 758 19 40
NO DEBEMOS CALMAR EL HAMBRE NUNCA

GRUPO CERO
Buenos Aires
Talleres de poesía
Lucía Serrano (Tigre)
Tel.: 4749 6127

www.momgallery.com
1 dibujo diario + 1 cuadro semanal



D2373 (MOM)

DESDE LA PRIMERA FIEBRE DEL AMOR A SU INFORTUNIO

De la primera fiebre del amor a su infortunio, desde el tierno segundo hasta el hueco minuto del vientre, desde el primer atisbo hasta el tizeretazo umbilical la edad del pecho y la época feliz del delantal cuando ninguna boca se agitaba en torno al hambre suspendido, y el mundo entero era uno solo, una nada ventosa, bautizaron mi mundo en un fluir de leche. Y la tierra y el cielo fueron un solo cerro al aire, el sol y la luna derramaban una misma luz blanca.

Desde la primera huella del pie descalzo, desde la mano que se eleva y la irrupción del pelo, desde el primer secreto del corazón, el fantasma que advierte, y hasta el primer asombro mudo ante la carne, el sol fue rojo y la luna fue gris, y la tierra y el cielo fueron cual dos montañas que se encuentran.

El cuerpo prosperó, los dientes en las encías meduladas, los huesos que crecían, el murmullo del semen dentro de la glándula santificada, la sangre bendijo al corazón, y los cuatro vientos, que tanto tiempo soplaron al unísono brillantaron mis orejas con la luz del sonido, llamaron en mis ojos con el sonido de la luz. Y fue amarilla la multiplicación de las arenas, cada grano dorado salpicaba la vida en su vecino, verde era la casa cantarina.

La ciruela que mi madre arrancara maduró dulcemente, el niño que dejara caer desde la oscuridad de su costado hacia el regazo cavado de la luz, creció fuerte, musculoso, enmarañado, atento a los gemidos del muslo y a la voz que, como una voz de hambre, arañaba en el sonido del viento y del sol.

Y desde el primer deterioro de la carne yo aprendí el lenguaje del hombre para enroscar las formas del pensar en el idioma pétreo del cerebro, para llenar de sombras y tejer nuevamente la trama de palabras dejada por los muertos que, en su césped sin luna, no necesitan del calor de la palabra. La raíz de las lenguas se termina en un cáncer exagüe, no es más que un nombre que los gusanos hacen cruz.

Aprendí los verbos de la voluntad y supe mi secreto; las claves de la noche golpearon en mi lengua; donde antes había sólo una, hubo de pronto muchas mentes sonoras.

Un solo vientre, un solo espíritu vomitó la materia. Un pecho amamantó al fruto de la fiebre, aprendí la otra cara del cielo que divorcia, el globo dos veces enmarcado que giraba; un millón de cerebros alimentaron al retoño que divide mis ojos; la juventud, de veras se abrevió; las lágrimas de la primavera se diluyeron en el verano y en las cien estaciones; un sólo sol, un único maná, fue calor y alimento.

GRUPO CERO Buenos Aires

Grupos de Poesía

ABIERTOS TODO EL AÑO

Frecuencia semanal

Informes e Inscripción
Mansilla 2686 PB 2 - 4966 1710/13
www.grupocerobuenosaires.com
grupocero@fibertel.com.ar baires@grupocero.org

ELEGÍA

Demasiado altivo para morir, murió ciego y vencido del modo más sombrío, sin mirar hacia atrás, un hombre amable y frío en su mezquino orgullo

el día más sombrío. Oh que siempre yazga luminoso por fin en la colina final llena de cruces, bajo la hierba, enamorado y que joven se vuelva

entre los largos rebaños, y nunca yazga perdido o quieto en todos los innumerables días de su muerte aunque por sobre todo él suspiraba por el pecho materno

que era descanso y polvo y en la tierra benévola la más oscura justicia de la muerte ciega y profana. Dejad que no encuentre otro descanso que ser hallado y protegido

yo rezaba en el cuarto agazapado, junto a su cama ciega, en la casa ya muda, un minuto antes del mediodía y de la noche y de la luz. Los ríos de los muertos

veteaban su pobre mano que sostenía yo mientras veía las raíces del mar a través de sus ojos sin vida. (Un viejo atormentado, tres cuartas partes ciego.

No soy tan altivo para gritar que Él y él nunca nunca se irán de mi mente. Todos sus huesos lloraban y pobre en todo salvo en el dolor, aunque fuera inocente, él temía morir odiando a Dios, pero en verdad era simple: un viejo manso y valeroso en su quemante orgullo.

Suyos eran los postes de la casa, poseía sus libros. Nunca había llorado, ni siquiera de niño y no lloraba ahora, salvo ante su secreta herida.

Yo vi la última luz, que resbalaba de sus ojos. Aquí entre las luces del altivo cielo un viejo está conmigo dondequiera que voy

camina en las praderas del ojo de su hijo sobre el que males infinitos cayeron como nieve. Él gritó ante su muerte, temiendo al fin el último sonido

de las esferas, el mundo que se iba sin un suspiro demasiado altivo para llorar, demasiado débil para aguantar las lágrimas, y preso entre dos noches: la ceguera y la muerte.

Oh, la herida más profunda de todas, era que debía morir en día tan sombrío. Oh, pudo al fin esconder las lágrimas fuera de sus ojos, demasiado altivo para llorar.

Hasta que muera yo, él estará a mi lado).

DONDE UNA VEZ LAS AGUAS DE TU ROSTRO

Donde una vez las aguas de tu rostro giraron impulsadas por mis hélices, sopla tu áspero fantasma, los muertos alzan la mirada; donde un día asomaron el pelo los tritones a través de tu hielo, el viento áspero navega por la sal, la raíz, las huevas de los peces.

Donde una vez tus verdes nudos hundieron su atadura en el cordón de la marea, allí camina ahora el vegetal destejedor, con tijeras filosas, empuñando el cuchillo para cortar los canales en su origen y derribar los frutos empapados.

Invisibles, tus mareas medidoras del tiempo irrumpen en las camas galantes de las algas; el alga del amor se vuelve mustia; allí en torno a tus piedras sombras de niños van, que desde su vacío lloran ante el mar colmado de delfines.

Secos como la tumba, tus coloreados párpados no serán aherrojados mientras la magia se deslice sabia sobre el cielo y la tierra; habrá corales en tus lechos, habrá serpientes en tus mareas, hasta que mueran todos nuestros juramentos del mar.

HALLA LA CARNE SOBRE LOS HUESOS

Halla la carne sobre los huesos que pronto estarán desnudos,
y bebe en los dos riscos de leche,
la más alegre médula y las heces
antes que los pechos de las damas sean harapos
y sus piernas girones.
No turbes, hijo mío, las mortajas
pero cuando las damas se vuelvan frías como piedras
cuelga de sus andrajos una rosa con cuernos.

Sublévate contra las ataduras de la luna
y el parlamento de los cielos,
los oficios de rey del mar maléfico,
la autocracia de la noche y el día,
la autarquía del sol.
Sublévate contra el hueso y la carne,
la orden de la sangre, la maliciosa piel,
y el gusano que no puede asesinar ningún hombre.

“La sed se me ha extinguido, se me ha apagado el hambre,
resquebrajado está mi corazón;
mi cara en el espejo es macilenta
mis labios se han marchitado a besos,
mis pechos están flacos.
Una alegre muchacha me tomó por un hombre,
hice que se tendiera para contarle su pecado
y puse a su costado una rosa con cuernos”.

El gusano al que ningún hombre puede matar
y el hombre al que no puede colgar ninguna soga
se sublevar contra el sueño de mi padre
que grita a la sucia arpa en la enramada de los cerdos rojizos
que se tienda a sus pies.

No puedo asesinar como un tonto
la luz del sol y la estación, la gracia, y la muchacha,
ni hacer más suave el dulce despertar.

La negra noche aún asiste a la luna
y sigue el cielo aplicando sus leyes,
el mar me habla con voz de rey,
la oscuridad y la luz no son enemigas
sino una sola compañera.

“¡Guerra a la araña y al reyezuelo!
¡Guerra al destino del hombre!
¡Muera el sol!”.

Antes que la muerte te prenda, oh, toma de vuelta todo esto.

DE LOS SUSPIROS

De los suspiros algo nace
que no es la pena, porque la he abatido
antes de la agonía; el espíritu crece
olvida y llora:
algo nace, se prueba y sabe bueno,
todo no podía ser desilusión:
tiene que haber, Dios sea loado, una certeza,
si no de bien amar, al menos de no amar,
y esto es verdadero luego de la derrota permanente.

Después de esa lucha que los más débiles conocen,
hay algo más que muerte:
olvida los grandes sufrimientos o seca las heridas,
él sufrirá por mucho tiempo
porque no se arrepiente de abandonar una mujer que espera
por su soldado sucio con saliva de palabras
que derraman una sangre tan ácida.

Si eso bastase, bastaría para calmar el sufrimiento,
arrepentirse cuando se ha consumido
el gozo que en el sol me hizo feliz,
qué feliz fui mientras duró el gozar,
si bastara la vaguedad y las mentiras dulces fueran suficientes,
las frases huecas podrían soportar todo el sufrimiento
y curarme de males.

Si eso bastase: hueso, sangre y nervio,
la mente retorcida, el lomo claramente formado,
que busca a tientas la sustancia bajo el plato del perro,
el hombre debería curarse de su mal.
Pues todo lo que existe para dar yo lo ofrezco:
unas migas, un granero y un cabestro.



D2413 de Miguel Oscar Menassa

SOBRE TODO CUANDO EL VIENTO DE OCTUBRE

Sobre todo cuando el viento de octubre
el pelo me castiga con sus dedos de escarcha,
preso en el sol exasperante, marcho ardiendo
y tiro hacia la tierra un cangrejo de sombra,
a la orilla del mar, cuando oigo el alboroto de los pájaros
y oigo la tos del cuervo en los bastones del invierno,
mi atareado corazón que mientras habla tiembla
vierte el silabeo de su sangre y agota sus palabras.

Encerrado también en una torre de palabras
trazo en el horizonte que anda como los árboles
las siluetas verbales de mujeres, y las filas de niños
con sus gestos de estrella sobre el parque.
Algunas me permiten crearte de las hayas colmadas de
vocales,
otras de las voces del roble, o desde las raíces
de múltiples comarcas espinosas te cuentan sus memorias,
otras me permiten crearte con los sermones de las aguas.

Tras un tiesto de helechos, el reloj oscilante
pronuncia la palabra de la hora, el sentido del nervio,
vuela sobre el disco imantado, declama la mañana
y cuenta al huracán en la veleta.
Algunas me permiten crearte con los signos del prado;
la hierba señalera que me relata todo lo que sé
traspasa el ojo con el invierno lleno de gusanos.
Algunas me permiten contarte los pecados del cuervo.

Sobre todo cuando el viento de octubre
(algunas me permiten crearte de hechizos otoñales
la de lenguas de araña y la colina resonante de Gales)
castiga a la tierra con puños como nabos
algunas me permiten hacerte de las palabras sin corazón.
El corazón quedó agotado, balbuceando en los remolinos
de la química sangre, advertido de la furia que avanza.
A la orilla del mar oye a los pájaros sombreados de vocales.

MUERTES Y ENTRADAS

Casi sobre la víspera incendiaria
de varias muertes próximas,
cuando alguien ante los despojos de tu ser más amado
y desde siempre conocido, tengan que abandonar
los leones y fuegos de su aliento volátil,
quién entre tus amigos inmortales
elevaría los órganos del escrutado polvo
para lanzar y cantar tu alabanza,
el que más hondo la invocara poseerá su paz
que no puede hundirse o acabar
sin fin ante su herida
en los muchos destructores pesares conyugales de Londres.

Casi sobre la víspera incendiaria
cuando ante tus labios y tus llaves se abran
se cierren, se entrelacen los extraños asesinados,
alguien el más desconocido,
tu vecino como estrella polar, sol de distinta calle,
se ha de echar en sus lágrimas,
ha de bañar su lluviosa sangre en el mar viril
que por tu propio muerto se erizara
y arrollará su globo fuera de tu hebra de agua
y con todos los llantos
llenará las gargantas de las valvas
ya que la luz relampagueó primero en sus tonantes ojos.

Casi sobre la víspera incendiaria
de muertes y de entradas,
cuando cercano y extrañamente herido en las olas de Londres
hayas buscado tu solitaria tumba,
un enemigo entre muchos, que bien sabe
cómo es tu corazón de luminoso
en la tiniebla vigilada temblando entre cuevas, cadenas y
cerrojos tirará de los rayos
para cerrar el sol, se hundirá, trepará por tus llaves sombrías
y agostará a los puntuales jinetes
hasta que aquel despojo amado
asome como el último Sansón de tu zodiaco.

POEMA DE OCTUBRE

Cumplía treinta años, mi aniversario despertó hacia el cielo cuando oí cómo hacía señales la mañana con la oración del agua y el grito de cornejas y gaviotas y el roce de las barcas en el muro trenzado por las redes desde el puerto y los bosques vecinos y los mejillones en sus charcas y la playa con garzas clericales para que en un segundo me pusiera en pie y echara a andar en el pueblo todavía dormido.

Mi cumpleaños empezó con los pájaros acuáticos y con pájaros de árboles alados que volaban mi nombre sobre las granjas y los blancos caballos y yo me levanté en el lluvioso otoño y eché a andar en el chaparrón de todos mis días. Era en la pleamar y las garzas buceaban cuando tomé el camino fronterizo y aun estaban cerrados los portales del pueblo mientras el pueblo se iba despertando.

Toda una primavera de alondras en una nube rodante y las matas a orillas del camino desbordaban de mirlos silvadores y el sol de octubre a la manera del verano sobre el hombro del cerro fueron climas amigos y hubo dulces cantores que llegaron de pronto en aquella mañana por la que yo vagaba y escuchaba cómo se escurría la lluvia; frío, el viento soplaban en el bosque, muy lejos, a mis pies.

Pálida lluvia sobre el puerto encogido sobre la iglesia mojada por el mar, tan pequeña que semejava un caracol con sus cuernos a través de la niebla y del castillo pardo como los búhos; pero todos los jardines de primavera y de verano florecían en los cuentos fantásticos detrás de la frontera y abajo de la nube invadida de alondras. Allí podía yo maravillarme mi cumpleaños se iba yendo pero el tiempo giraba alrededor.

Girando me apartaba del país jubiloso bajaba por el aire cambiado y por el cielo alterado de azul fluía de nuevo una maravilla de verano con manzanas y peras y grosellas rojas; y vi tan claro en el rodar del tiempo aquellas olvidadas mañanas cuando un niño paseaba con su madre por entre las parábolas del sol y las leyendas de las verdes capillas

y por los campos de la infancia ya dos veces contados porque sus lágrimas quemaron mis mejillas y su corazón se conmovió en el mío. Estos eran los bosques y era el río y el mar allí donde un muchacho en el verano atento de los muertos murmuraba la verdad de su gozo a los árboles, las piedras y el pez en la marea. Y el misterio cantó vivo en el agua y en el gorjeo de los pájaros.

Y allí podía yo maravillarme mientras mi cumpleaños se alejaba aunque el clima diera vuelta en redondo y el gozo verdadero del niño muerto hace tanto tiempo cantaba ardiendo bajo el sol. Cumplía treinta años hacia el cielo y en el mediodía del verano aunque la villa al fondo se cubriera de hojas por la sangre de octubre oh que en este alto cerro a la vuelta de un año la verdad de mi corazón se cante todavía.

Libros de
Miguel Oscar Menassa
a la venta en
e-libro.net

SI ME HICIERA COSQUILLAS EL ROCE DEL AMOR

Si me hiciera cosquillas el roce del amor si una niña tramposa me robara a su lado y horadase sus pajas rompiendo mi vendado corazón, si ese rojo escozor pudiera dar a luz la risa en mis pulmones como pare el ganado, no temería yo a la manzana ni al diluvio ni a la sangre maligna de la primavera.

¿Qué será, macho o hembra? Se preguntan las células y como un fuego arrojan desde la carne la ciruela. Si me hiciera cosquillas la cabellera incubadora, el hueso alado que crece en los talones, la comezón del hombre sobre el muslo del niño, no temería al hacha ni a las horcas ni a las varas cruzadas de la guerra.

¿Qué será, macho o hembra? Se preguntan los dedos que llenan las paredes de niñas inmaduras con sus hombres dibujados a tiza. Si me hiciera cosquillas la avidez del granuja que insufla su calor al nervio en carne viva no temería al diablo sobre el lomo ni a la tumba veraz.

Si me hiciera cosquillas el roce de los amantes que no borra ni las patas de gallo ni la risa sin dientes sobre magras quijadas en la vejez enferma, el tiempo y las ladillas y el burdel de amoríos me dejaría frío como manteca para moscas, las espumas del mar bien podrían ahogarme cuando rompen y mueren al pie de los amantes.

La mitad de este mundo es del demonio, la otra mitad es mía, bobo por esa droga fumada en una niña y enredado en el brote que bifurca su ojo. La tibia del anciano y mi hueso tienen la misma médula y todos los arenques huelen dentro del mar, yo me siento y contemplo bajo mi uña al gusano que corroe lo vivo.

Y éste es el roce, único roce que hormiguea. El mono contrahecho que se hamaca a lo largo de su sexo desde las húmedas tinieblas del amor y el tirón de la nodriza no puede hacer surgir la medianoche de una risa entredientes, ni del momento en que encuentra una belleza entre los pechos de la amante, la madre, los amantes o toda su estatura en la punzante oscuridad.

¿Y qué es el roce? ¿La pluma de la muerte sobre el nervio? ¿Es tu boca, amor mío? ¿El abrojo en el beso? ¿Mi payaso de Cristo nacido sobre el árbol entre espinas? Las palabras de la muerte son más secas aún que tu mismo cadáver y mis heridas llenas de palabras tienen las huellas de tu pelo. Me haría cosquillas el roce del amor, pues bien: hombre, sé mi metáfora.

www.grupocero.org

LAS 2001 NOCHES

DIRECTOR:

Miguel Oscar Menassa

SECRETARIA DE REDACCIÓN:

Carmen Salamanca Gallego

c/Duque de Osuna, 4 - locales
28015 MADRID (ESPAÑA)
Teléfono: 91 5758 19 40 - Fax: 91 758 19 41

BUENOS AIRES:

c/Mansilla, 2686 PB 2 1^{er} Cuerpo
(1425) BUENOS AIRES (ARGENTINA)
Teléfonos: 4966 1710/13

www.grupocero.org

MADRID: grupocero@grupocero.org
BUENOS AIRES: grupocero@fibertel.com.ar

SOCIOS DE HONOR EUROPA

Miguel Oscar Menassa (Madrid)	360 €
Miguel Martínez Fondón (Madrid)	360 €
Carlos Fernández del Ganso (Madrid)	360 €
Amelia Díez Cuesta (Madrid)	360 €
María Chévez (Madrid)	360 €
Alejandra Menassa de Lucia (Madrid)	360 €
Pilar Rojas Martínez (Madrid)	360 €
Jaime Icho Kozak (Madrid)	360 €
Fernando Ámez Miña (Madrid)	360 €
Olga de Lucia Vicente (Madrid)	360 €
Carmen Salamanca Gallego (Madrid)	360 €
Magdalena Salamanca Gallego (Madrid)	360 €
Helena Trujillo (Málaga)	360 €
Cruz González Cardeñosa (Madrid)	200 €
Sergio Aparicio Erroz (Madrid)	150 €
Claire Deloupy (Madrid)	150 €
Pablo J. García Muñoz (Madrid)	120 €
Paola Duchên (Madrid)	100 €
Mónica López Bordón (Madrid)	100 €
Vicente Prada (Madrid)	100 €
Kepa Ríos Alday (Madrid)	100 €
Ruy Henríquez (Madrid)	60 €
Hernán Kozak Cino (Madrid)	60 €
Clémence Loonis (Madrid)	50 €
Fabián Menassa de Lucia (Madrid)	50 €
Manuel Menassa de Lucia (Madrid)	50 €
Soledad Caballero (Alcalá de Henares)	30 €
Clara García García (Madrid)	25 €
Juan F.Glez-Díaz (Las Palmas)	20 €
Sylvie Lachaume (Ibiza)	20 €
Pino Lorenzo (Las Palmas)	20 €
Carmen Ortigosa Martín (Torrejón de Ardoz)	12 €
Luis Rodríguez Hernández (Madrid)	12 €

SOCIOS DE HONOR AMÉRICA

Miguel Oscar Menassa (Buenos Aires)	500 U\$
Norma Menassa (Buenos Aires)	500 U\$
Inés Barrio (Buenos Aires)	250 U\$
Marcela Villavella (Buenos Aires)	250 U\$
Alejandra Madormo (Buenos Aires)	100 U\$
Lucía Serrano (Buenos Aires)	100 U\$
Lúcia Bins Ely (Brasil)	100 U\$
Renato Battistel (Brasil)	100 U\$
Leonora Waihrich (Brasil)	50 U\$
Roberto Molero (Buenos Aires)	50 U\$
Tom Lupo (Buenos Aires)	50 U\$
Paula Rodríguez (Buenos Aires)	50 U\$
Renata Passolini (Buenos Aires)	50 U\$
Gabriela Melluso (Buenos Aires)	50 U\$
Jorge Montironi (Buenos Aires)	50 U\$
Patricia Di Pinto (Buenos Aires)	50 U\$
Eliane Fernandes Marques (Brasil)	30 U\$
Bárbara Corsetti (Brasil)	20 U\$
Norberto Demarco (Buenos Aires)	20 U\$
Yanina Escalante (Buenos Aires)	20 U\$
Paula Putero (Buenos Aires)	10 U\$
Mariana Benítez	10 U\$
Juan F.Glez-Díaz (La Habana)	10 U\$

CANCIONES

2003-2004

El nuevo libro de Miguel Oscar Menassa



Una novedad de la EDITORIAL GRUPO CERO

NOVEDADES

Colecciones

- Poesía 2001
- Extensión Universitaria
- Hoy en la cultura

